

26º D. TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN MATEO 21,28-32.

En aquel tiempo dijo Jesús a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo:

- ¿Qué os parece? Un hombre tenía dos hijos. Se acercó al primero y le dijo: «Hijo, ve hoy a trabajar en la viña.»

Él le contestó: - «No quiero» Pero después se arrepintió y fue.

Se acercó al segundo y le dijo lo mismo.

Él le contestó: - «Voy, señor» Pero no fue.

¿Quién de los dos hizo lo que quería el padre?

Contestaron: - El primero.

Jesús les dijo:

- Os aseguro que los publicanos y las prostitutas os llevan la delantera en el camino del Reino de Dios. Porque vino Juan a vosotros enseñándoos el camino de la justicia y no le creísteis; en cambio, los publicanos y prostitutas lo creyeron. Y aun después de ver esto vosotros no os arrepentisteis ni le creísteis.

¡CULTIVA LA VIÑA!

Con su predicación sobre el Reino de Dios, **«Jesús se opone a una religiosidad que no involucra la vida humana»**, que no interpela la conciencia y su responsabilidad frente al bien y al mal. Nos lo muestra claramente con la parábola del Evangelio de hoy que **«contrapone el comportamiento de dos hijos frente a su padre»**.

A la invitación del padre de ir a trabajar a la viña, el primer hijo responde impulsivamente **«no, no voy, pero se arrepiente y va»**. Sin embargo el segundo hijo, en un primer momento responde **«sí, si voy, pero no va»**. Para Jesús la obediencia no consiste en decir “sí” o “no”, sino **«en actuar, en cultivar la viña, en construir el Reino de Dios, en hacer el bien»**.

Con este sencillo ejemplo, Jesús quiere **«superar una religión entendida solo como práctica exterior y rutinaria, que no incide en la vida y en las actitudes de las personas»**, una religiosidad superficial, solamente ritual, en el mal sentido de la palabra. Hay que decir que **«los hechos son lo importante y que las palabras sirven de muy poco si no son acompañadas por los hechos»**.

Los exponentes de esta **«religiosidad de fachada»**, que Jesús desapruueba, eran, en aquella época **«los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo»**, a los que les reprocha diciéndoles que en el Reino de Dios **«serán superados por los publicanos y las prostitutas»**. Más concretamente les dice: los publicanos y las prostitutas **«os llevan la delantera en el camino del Reino de Dios»**, llegan antes que vosotros al Reino de Dios.

Esta afirmación no debe inducirnos a pensar que hacen bien los que no siguen los mandamientos de Dios, los que no siguen la moral, esos que dicen: **«Al fin y al cabo, ¡los que van a la Iglesia son peor que nosotros!»** Esta no es la enseñanza de Jesús. Jesús no señala a los publicanos y las prostitutas como modelos de vida, sino como **«privilegiados de la Gracia»**. Y es que la conversión es siempre una gracia. Una gracia que **«Dios ofrece a todo aquel que se abre y se convierte a Él»**. De hecho, estos publicanos y prostitutas, escuchando su predicación, **«se arrepintieron y cambiaron de vida»**. Un ejemplo relevante fue Mateo, el publicano que recaudaba impuestos para Roma, una persona de dudosa honorabilidad, para muchos un traidor a su patria. **«Hoy es San Mateo»**.

En este Evangelio, quien queda mejor es el primer hijo, no por haber dicho “no” a su padre, sino porque **«su “no”, se ha convertido en un “sí”», «se ha arrepentido»**. Y es que **«Dios es paciente»** con cada uno de nosotros, no se cansa, no desiste después de nuestros “noes”. Pero también **«nos deja libres»** de alejarnos de Él y de equivocarnos.

Pensar en la paciencia de Dios **«es para maravillarse»**. Pensar cómo el Señor nos espera siempre, cómo siempre está a nuestro lado para ayudarnos respetando nuestra libertad, es la **«expresión máxima de su bondad y grandiosidad»**. Él espera ansiosamente nuestro “sí”, para acogernos en sus brazos y **«colmarnos de su misericordia sin límites»**.



La fe en Dios nos pide **«renovar cada día»** la elección del bien respecto al mal, la elección de la verdad respecto a la mentira, la elección del amor del prójimo respecto al egoísmo. **«Quien se convierte a esta elección»**, después de haber pasado por el pecado, encontrará los primeros lugares en el Reino de los Cielos, donde **«hay más alegría por un solo pecador que se convierte que por noventa y nueve justos»**

Pero la conversión, que se manifiesta en un cambiar el corazón, es **«un proceso»**, un proceso de purificación, **«a veces doloroso»** porque no existe el camino de la santidad **«sin renuncia y sin combate espiritual»**. Combatir para el bien, combatir para no caer en la tentación, combatir haciendo todo lo que esté de nuestra parte para llegar a **«vivir en la paz y en la alegría de las Bienaventuranzas»** son algunos indicativos de ese combate espiritual.

Hoy el Evangelio nos interpela sobre **«la forma de vivir nuestra vida cristiana»**, una vida que requiere de **«compromisos concretos»**, para abrirnos siempre a la **«voluntad de Dios»** y al **«amor hacia los hermanos»**. Pero esto, incluso el compromiso concreto más pequeño, no se puede hacer sin la gracia. La conversión es una gracia que **«debemos pedir constantemente»**, sin descanso, en la **«oración»**: **«Señor dame la gracia de mejorar»** **«Dame la gracia de ser un buen cristiano»**.

«Ser dóciles a la acción del Espíritu Santo», es el camino. Él es quien derrite la dureza de los corazones y **«nos dispone al arrepentimiento»**, para **«vivir dichosos y alegres»** y alcanzar la salvación prometida por Jesús. ¡Que así sea!